

Arqueología en Tlalpan

Arqueólogas del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) localizaron a principios de este año en el centro de Tlalpan en la Ciudad de México, un entierro múltiple que ha sido fechado en aproximadamente 2400 años de antigüedad.

El hallazgo se encuentra en lo que actualmente es la Universidad Pontificia de México, atrás de las oficinas de la Delegación Tlalpan. Gracias a distintas excavaciones en la zona sabemos que ahí se desarrolló lo que los arqueólogos del INAH han nombrado la Aldea Preclásica de Tlalpan, uno de los primeros asentamientos humanos del suroeste de la cuenca del Valle de México, que hace más de 2000 años fue una región boscosa, con ríos y cascadas, tierra fértil apta para el cultivo y abundantes animales de caza. Ésta fue una de las aldeas establecidas al oriente de Cuicuilco cuando empezaba su crecimiento e importancia en la región.

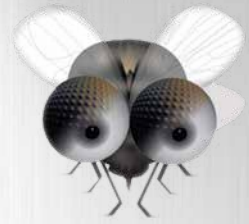
Jimena Rivera, directora del proyecto, informó que en 2006, a unas calles de distancia, encontraron otro yacimiento, éste de alrededor del 800 a.C. Ahí encontraron 18 fosas cavadas en forma de botellón con un diámetro mayor en el fondo, que servían para almacenar alimentos o como entierros.

En la reciente excavación se han encontrado paredes y plataformas construidas con piedras de río, y 20 fosas, seis de ellas con entierros individuales. Cerca de la barda del terreno de la universidad descubrieron un entierro múltiple en una fosa de dos metros de diámetro con los restos de 10 personas: dos mujeres, un hombre, un bebé de meses de edad, otro de entre tres y cinco años, unos jóvenes de distintas edades y un adulto. Los restos se encuentran entrelazados de manera que los brazos de uno rodean al siguiente y entre todos forman una espiral. En el entierro se encuentran cajetes, cuencos, ollas y tecomates. Algunos cuerpos tienen en las manos esferas de cerámica y piedras. Se trata del primer entierro con esta cantidad de individuos reportado para el periodo Preclásico en la Cuenca de México.

Este descubrimiento nos da información para entender un poco mejor quiénes fueron y cómo se organizaron los primeros pobladores de lo que hoy es una megalópolis.



ojodemosca
Por Martín Bonfil Olivera



Limitaciones

Un malentendido frecuente respecto a la ciencia es verla como infalible: un método a prueba de errores que produce verdades absolutas. Nada más falso: la ciencia es una labor humana, con todos los vicios y defectos que esto acarrea. Su virtud es ser una labor humana que ha hecho el mayor esfuerzo posible por superar sus humanas limitaciones.

En realidad la ciencia genera modelos, teorías, que buscan representar lo más adecuadamente posible el mundo natural para poderlo entender, predecir y a veces controlar. Lo hace por un proceso de aproximaciones sucesivas, por prueba y error, basado en evidencia. Ningún conocimiento científico es definitivo; está siempre sujeto a revisión y mejora.

Un ejemplo es la teoría de la evolución por selección natural, publicada por Charles Darwin en 1859. Explica cómo las especies de seres vivos logran adaptarse tan admirablemente a tantos ambientes distintos en todos los rincones del planeta. Lo logran, explica Darwin, gracias a que la herencia de padres a hijos es imperfecta: en la descendencia surgen variaciones que pueden hacer que algunos individuos estén un poco mejor adaptados al medio que otros. Esto les puede dar ligeras ventajas que, a su vez, heredarán sus descendientes. Con el tiempo, se irán diferenciando más y más para formar distintas especies.

Por un tiempo pareció que la selección natural podría explicar absolutamente todo en biología. Pero luego comenzaron a aparecer sus limitaciones: casos que no podían ser explicados fácilmente con el modelo planteado por Darwin.

Un ejemplo: cuando envejecemos y rebasamos la edad reproductiva, la selección natural es “ciega” a lo que pase con nuestros cuerpos y las mutaciones que pudieran beneficiarnos. De ahí mucho del deterioro y las enfermedades propias de la vejez. Pero, según esta visión, la evolución también sería ciega a los genes que intervienen en comportamientos como la homosexualidad (no es que haya un “gen gay”, claro, pero sí hay factores genéticos que influyen, junto con la educación y la cultura, en la orientación sexual de una persona). Siempre han existido personas homosexuales a través de la historia (y en muchísimas especies animales). ¿Cómo pueden perdurar estos genes, si quienes los portan no se reproducen y son por tanto “invisibles” para la selección natural?

No hay una respuesta, pero sí algunas hipótesis interesantes. Una plantea que esos genes se heredan y seleccionan porque el individuo homosexual frecuentemente ayuda a cuidar a los hijos de sus hermanos: contribuye así a que los genes pasen a través de su descendencia indirecta.

¿Funciona esta explicación, o tendremos que modificar la teoría de Darwin? Ya lo veremos. En ciencia no hay verdades inmutables, sino preguntas siempre abiertas.

